

tina (1). El señorito es el único ente de nuestra categoría zoológica que no *hace* nada, sino que toda su vida le es *hecha*. Incapaz de producir, todas las cosas del mundo, al llegar a él, se convierten en meros dijes y ornamentos, que pone sobre su persona para vanidoso lucimiento. Así se explica la contradicción que hay entre que España posea tantos automóviles y sea el lugar donde menos empeño existe por tener una industria de ellos.

Es verdaderamente inconcebible y vergonzoso que el español no se haya dado aún cuenta de que el automóvil significa hoy un artículo de primera necesidad, si no para todo individuo, para toda colectividad nacional. Poner tal fuego al servicio de lo que estos trebejos puedan representar como vanidad, y tan ningún esfuerzo en lo que son como menester en la vida pública, revela una desmoralización profunda del hombre español. Irrita y subleva conocer la cantidad de estupidez que gobierna en España cuanto al automóvil se refiere.

Porque no hay sólo ausencia de fabricación y entrega a la producción extranjera, sino que ni siquiera la compra se hace en condiciones económicas. El español tolera que los representantes de fábricas extranjeras le pidan por un coche mucho más de lo debido. Así acontece que, aun descontando el sobreprecio de importación y la pérdida del cambio, cuestan en España los coches más que en cualquier otra parte del mundo. Y lo propio pasa con todos los accesorios.

Ya que no fabricarlos, podíamos al menos tener discretos talleres de reparación. Pero todo el mundo sabe que los talleres indígenas son de una incompetencia desesperante y de una carestía criminal.

Nada significaría moralmente esta acumulación de absurdos si hubiésemos asistido a ensayos enérgicos para corregirla, aunque los ensayos hubiesen fracasado. Pero no creo que haya habido

intento alguno apreciable para conseguir que el automovilismo en España se comporte con sentido común.

Y nada mejora el juicio que los hechos enunciados imponen advertir que el automóvil no es en España sólo cosa de señoritos, como lo demuestra el crecido número de camiones industriales. Para mí es esto mucho peor. Pues aun se comprende que el vanidoso haga el sacrificio a su vanidad sin preocuparse del sentido común; pero es ininteligible que los industriales no se preocupen de tener vehículos y poder usarlos en las condiciones normales hoy dondequiera.

La única entidad que hace años trabajó benemérita para poner algún orden y decoro en esta materia de locomoción fué el Real Automóvil Club. Pero el calibre de lo que hoy fuera urgente acometer rebosa por completo los medios de cualquier asociación particular y deportiva.

El *inri* lo pone en todo esto la complacencia con que suele hablar ahora el señorito de nuestras nuevas carreteras. Va muy bien con la contextura de su testa justificar el advenimiento nada menos que de una Dictadura, poniendo en su abono la mejora de algunos caminos. Ni será fácil hacerles notar la monstruosidad del razonamiento, aunque ella frisa en la deficiencia mental, de la que podría valer como síntoma clínico (1).

Cuando durante años y años se ha andado y rodado por los caminitos de España, como yo he hecho, se sabe muy bien que de todas las cosas del universo la menos urgente eran magníficas carreteras para automóviles. Por la sencilla razón de que esas carreteras han estado y siguen estando solitarias. Ahora empiezan a encontrarse algunos autobuses; pero el señorito que habla de nuestros excelentes caminos no aparece por ellos. En cambio, las vías francesas están llenas de coches que marchan ruidosos, sucios y sin primor.

José Ortega y Gasset

Madrid, 2 de agosto de 1930.

Shelley, el niño perpetuo

= Fragmento del magistral ensayo acerca de *Shelley*, de FRANCIS THOMPSON. Traducción de HIPÓLITO MATTONELL para *Repertorio Americano*. =

No hay entre nosotros, en la actualidad (2), descendiente directo, en la línea poética, de Shelley; apenas sería posible vástago tal del Shelley abundantemente espontáneo; y menos posible aún debido al defecto que, creemos, enmohece a la poesía contemporánea cuando la comparamos con la de a principios del siglo diecinueve. Ese defecto es el predominio del arte sobre la inspiración, del cuerpo sobre el alma. No decimos *defecto* de inspiración: el guerrero está en su puesto pero impedido por demasía de arreos. Los escritores de elevados esfuerzos en todas las ramas de la literatura, aún cuando no sean (como lo es Mr. Swinburne, por ejemplo) pródigos de expresión, generalmente se expresan con deliberación excesiva. Mr. Henry James, al delinear a un escritor ficticio que evidentemente propuso como arquetipo del artista, le hace lamentarse de haberse permitido emplear a veces la segunda palabra en vez de haber rebuscado hasta dar con la

palabra insuperablemente mejor. Teóricamente, desde luego, siempre se ha de buscar esta última. Pero en la práctica, la costumbre de tomar demasiado cuidado en la selección de las palabras con frecuencia resulta en la pérdida de la espontaneidad; y, peor aún, la costumbre de emplear siempre la palabra insuperable, con demasiada facilidad se convierte en el vicio de emplear la palabra más decorativa, la más apartada del lenguaje corriente. En consecuencia de esto, la dicción poética se ha convertido últimamente en un kaleidoscopio, y la principal curiosidad que se tiene, se refiere a las combinaciones precisas en que se arreglarán las coloridas piezas al moverlas. Hay, de hecho, una banda de palabras, cohortes pretorianas de la poesía, cuya ayuda prescriptiva la invoca todo aspirante a la púrpura poética, y sin cuya ayuda prescriptiva nadie se atreve a aspirar a esa púrpura; contra estas palabras ya es tiempo de levantar bandera. Quizás sea imposible que un escritor con-

temporáneo evada el servicio de las palabras lanzas-libres que militan bajo tantos pendones. Pero, de todos modos, es curioso apuntar el hecho de que la revolución literaria contra la despótica dicción de Pope parece acabar, como las revoluciones políticas, en un despotismo de su propia hechura.

Esto, pues,—es imposible dejar de pensarlo,—diferencia del nuestro el período literario de Shelley. Diferencia hasta los tesoros indiscutibles y obras maestras de hoy día, de las obras maestras y los tesoros similares de ayer; hasta *The Lotos Eaters*, de *Kubla Khan*; hasta las baladas de Rossetti, de *Christabel*. Está en la contención de Matthew Arnold no menos que en la exhuberancia de Swinburne, y afecta a nuestros escritores que pretenden la sencillez no menos que a aquellos que alardean de riqueza. En verdad, nada es tan artificial como nuestra sencillez. Es la sencillez de la *ingénue* del teatro francés. Estamos conscientes de nosotros mismos hasta las yemas de los dedos; y esta cualidad inherente en nosotros, por la que inevitablemente pierde espontaneidad nuestra poesía, nos asegura que no importa qué poetas nos nazcan de la línea de Shelley, por grande que sea su excelencia no podrán encarnar entre nosotros el espíritu del fundador de su linaje. Una época que está dejando de producir niños niños no puede producir un Shelley. Porque como poeta y como hombre Shelley era esencialmente niño.

Sin embargo, así como en la hastiada sociedad francesa en vísperas de la Revolución la Reina jugaba que era pastora en Arcadia, y el Rey que era mecánico, y todos que eran sencillos y devotos de la filantropía universal, y dejaron como el resultado más durable de su filantropía la guillotina, como puede ser el resultado más durable de la filantropía nuestra la silla eléctrica, así, en nuestra sociedad, cuanto se dice de la benevolencia, y del culto de la niñez, no es sino la moda de última hora. Nosotros, los de esta generación incrédula y consciente de sí misma, sentimentalizamos a nuestros hijos, analizamos a nuestros hijos, nos creemos dotados de una capacidad especial para simpatizar y para identificarnos con la niñez; jugamos a que somos niños. Y el resultado es que no nos volvemos niños; sino que nuestros niños dejan de serlo. ¡Cansa tanto agacharse al nivel del pequeño, y es mucho más fácil alzarlo al nuestro! ¿Sabéis qué es ser niño? Es ser algo muy distinto del hombre de hoy. Es tener un espíritu que aún chorrea las aguas del bautismo; es creer en el amor, creer que lo lindo existe, creer en la actividad de creer; es ser tan chico que los duendes puedan decirnos secretos al oído; es volver carruajes las calabazas, y caballos los ratones, y elevado lo humillado, y hacer todo de nada, porque cada niño tiene su hada madrina en su alma propia; es vivir en una nuez y tenerse por rey del espacio ilimitable, es

*Mirar un mundo en un grano de arena
y el cielo en una flor silvestre,
tener el infinito en la palma de la mano,
y la eternidad en una hora;*

(1) Y aún este emparejamiento es por ventura un poco injusto, porque el señorito argentino suele ocuparse de algo, y el español, de nada.

(2) Francis Thompson publicó su famoso ensayo en julio de 1908, en *The Dublin Review*. Al hablar de poetas contemporáneos suyos, se refiere, desde luego, a los poetas ingleses de su tiempo. Sus observaciones, sin embargo, me parecen muy pertinentes hoy con referencia a los poetas de habla castellana.—Tr.

(1) Esta historia de las carreteras merecería todo un capítulo aparte. Quedará ya como hecho incuestionable que hasta la Dictadura nadie se había ocupado de mejorarlas, y, sin embargo, esto es completamente falso. Lo que nadie había usado hasta ella es construir antieconómicamente unos cuantos caminos lujosísimos que ofenden la humildad de nuestras glebas y villorrios. ¡Señorismo, señorismo!